

Imaginando un desastre

El huracán Stan en la prensa

*Alejandra Toscana Aparicio**

Los medios de comunicación masiva influyen en la forma en que el público interpreta el mundo que le rodea. En esta investigación se analiza la información que la prensa impresa divulgó sobre el desastre detonado por el huracán Stan (2005) en el este y sureste de México. Se analizaron siete periódicos y una revista que le dieron cobertura al fenómeno entre los días 5 y 15 de octubre de 2005. Se encontró una serie de semejanzas en la información que las fuentes divulgaron, entre las que resaltan los mensajes emotivos que apelan al sentimentalismo del público, y la propagación de representaciones sociales de los huracanes que existen desde tiempos prehispánicos. Se encontró también que en la mayor parte de las notas informativas, el desastre fue interpretado con base en un paradigma poco vigente en los círculos académicos.

PALABRAS CLAVE: emociones, medios de comunicación masiva, desastre, huracán.

Mass media communication affects the way in which the audience, in general terms, interprets the world that surrounds us. In this research, the information that the press published about the disaster detonated by the hurricane Stan (2005) in the east and southeast of Mexico is analyzed. Seven newspapers and one magazine that covered the hurricane between the 5th to the 10th of October 2005 were analyzed. A number of similarities in the way the information was presented and interpreted were found. Among them, the emotive messages that appeal to the public's sentimentalism, and the propagation of social representations of hurricanes that existed since prehispanic times. It was also found that most of the news interpret the disaster based on a scientific paradigm that is losing validity in academic circles.

KEY WORDS: emotions, mass media, disaster, hurricane.

* Departamento de Política y Cultura, UAM-Xochimilco [atoscana@correo.xoc.uam.mx; aletoscana@gmail.com].

Introducción

LA SOCIEDAD ACTUAL sería impensable sin los medios de comunicación masiva (MCM). Éstos constituyen una fuente de información muy importante del mundo que nos rodea: transmiten noticias que no podemos experimentar directamente, convirtiendo eventos remotos en eventos significativos. La influencia de los MCM en las cogniciones de las personas es un hecho ampliamente aceptado (Sunkel y Catalán, 1993; Boltanski, 1999; Verón, 2002; Newman, 2004; Rodrigo, 2005); si bien su influencia no es absoluta ni automática, se reconoce su capacidad de convencimiento y de influir en la conciencia social (Esteinou, 2003:110-111). Los MCM actúan como mediadores entre la realidad y el público; por su carácter masivo, su alcance y su capacidad de actualización, desempeñan un papel protagónico en las mediaciones. De ahí que su estudio sea interesante para diversos especialistas de las ciencias sociales.

Los MCM brindan al público marcos de referencia para interpretar el mundo. Ejercen su influencia a partir de la generación y propagación de representaciones sociales, las cuales hacen posible la orientación de las personas y la comunicación entre los miembros de una comunidad, proveyéndolos de un código de intercambio social para nombrar y clasificar los varios aspectos de su mundo y su historia. Los MCM también intervienen en la construcción de procesos emotivos, necesarios para otorgarle sentido y significado a la realidad. Las emociones constituyen un elemento de la experiencia humana, indispensable para la sobrevivencia, para la adaptación a un mundo cambiante; funcionan como alertas de las cosas significativas, relevantes y trascendentales; son portadoras de significados e interpretaciones a partir de los cuales las personas valoran y ordenan el mundo (Ceballos, 2008). Por tanto, el estudio de las emociones arroja pistas sobre las formas en que los diferentes actores se posicionan frente a diversas proposiciones y discursos que configuran los sistemas culturales (Rodríguez, 2008:146). En este ensayo se analiza la información que los MCM difunden sobre desastres detonados por fenómenos naturales, la cual tiende a estar repleta de mensajes emotivos y elementos que refuerzan representaciones sociales que existen desde tiempos prehispánicos. Se utiliza el huracán Stan (2005) como una plataforma para ejemplificar la forma en que los MCM presentan la información al público, qué transmiten, por qué y qué implicaciones tiene la divulgación de dicha información.

Los desastres en los medios de comunicación masiva

Por su ubicación geográfica y sus condiciones físicas y sociales, México está expuesto a fenómenos naturales potencialmente peligrosos (actividad volcánica, terremotos, tsunamis, inundaciones, heladas, granizadas, huracanes, tornados, sequías, incendios forestales, procesos de ladera y epidemias, entre otros), algunos de los cuales llegan a detonar desastres. Los desastres, catástrofes o calamidades son procesos críticos que se caracterizan por la destrucción y la muerte, irrumpen en el orden habitual de las comunidades, e impactan a nivel individual y colectivo, por lo que se tornan significativos (Toscana, 2006:9). Los MCM se encargan de dar a conocer los desastres a sectores más amplios de la sociedad.

La información que presentan los medios es significativa en tanto que la mayor parte de la población no experimenta los desastres directamente, sino a través de la televisión, la radio, la prensa y, recientemente, la internet (Seydlitz *et al.*, 1991:6). Para gran parte de la población, los MCM constituyen la principal o, incluso, la única fuente de información con la que cuentan, por lo que éstos fungen como mediadores clave entre la situación de desastre y la audiencia.

A lo largo de las diferentes fases de una catástrofe, que van desde la alerta y la emergencia hasta la recuperación y la reconstrucción, los MCM desempeñan funciones estratégicas para su organización. Avisan al público de la presencia de fenómenos peligrosos, señalan instrucciones para hacerles frente, informan sobre centros de acopio, paradero de víctimas, ubicación de albergues, etcétera (Hoggart, 2004:1). Sus labores han sido ampliamente reconocidas, por ejemplo en los sismos de la Ciudad de México (1985), durante la intensa temporada de huracanes del 2005 (Katrina, Rita, Stan, Wilma) y recientemente en la alerta epidemiológica por el virus de la influenza humana.

Pero además de estas actividades, que sin duda son útiles para la sociedad, los MCM suelen atribuirse la función de explicar e interpretar al público lo ocurrido. Todas las sociedades dan sentido a aquello que les afecta, no solamente le otorgan algún tipo de explicación, sino que lo hacen significativo en su devenir histórico, más aún cuando se trata de hechos que producen dolor, para hacerlos de algún modo soportables (Eliade, 1985:87 y ss). Así, a los desastres se les atribuye un cierto sentido, y en este proceso de atribución, los medios intervienen e influyen fuertemente conduciendo y delimitando

el significado del desastre (Hiroi *et al.*, 1985; Wilkins, 1986; Patterson *et al.*, 1988; Slovic, 1987: 280; Seydlitz, *et al.*, 1991, Burkhart, 1991; Wenger *et al.*, 1989; Button, 1999: 114 y ss).

Aunque se reconoce la utilidad de los MCM a lo largo de las diferentes fases del desastre, su participación también es criticable. En los primeros momentos de cualquier emergencia, la información que difunden los medios suele ser imprecisa, ya que ésta, además de dar a conocer acontecimientos, va encaminada a satisfacer otros objetivos, propósitos e intereses económicos: vender la noticia. Las catástrofes resultan interesantes puesto que dan lugar a historias emotivas, heroicas, llenas de desgracia, atractivas para un amplio sector del público. Los reporteros, periodistas y editores –quienes en general carecen de un entrenamiento específico para comprender el proceso de desastre–, propagan información limitada y superficial, rara vez indagan con profundidad sobre cuestiones clave que permitan al público comprender el contexto, la causalidad y consecuencias del desastre (Wilkins, 1986:12; Patterson *et al.*, 1988:28; Seydlitz *et al.*, 1991:6). Cuando los medios reportan un desastre se centran en casos extremos y prominentes (el lugar más afectado, la víctima más miserable, el incidente más trágico), que son seleccionados a juicio del reportero o editor, y para hacer la noticia lo más atractiva posible, la narrativa incluye tantas expresiones sensacionalistas como sea posible, especialmente en los encabezados, tales como: “Furia de la naturaleza”, “El día del terror”; adjetivos superlativos y lenguaje melodramático, en detrimento de información relevante para la comprensión distanciada del desastre, como el deterioro ambiental, las condiciones sociales del grupo afectado, los conflictos políticos que se generan a raíz del desastre o sus consecuencias en el mediano y largo plazo (Wilkins, 1986:10; Lombardi, 1997:112). El público se pierde de la información y datos claves, vitales para entender el contexto en el que se gesta el desastre, pero el titular de la noticia logra captar su atención a través de las emociones que éste despierta en el lector y así, “acercar” el acontecimiento distante al público (Boltanski, 1999:42). Los encabezados suelen emplear lo que Caffi y Janney (1994:348, citado en Plantin y Gutiérrez, en prensa) llaman “comunicación emotiva”, la cual se caracteriza por la existencia de una “señalización intencional estratégica de información afectiva”, que tiene como finalidad influir en la interpretación que el público hace de la noticia. Por todo lo anterior, los MCM convierten fácilmente un problema ambiental, social y político en un espectáculo emotivo.

Desde luego el discurso de los MCM no influye homogéneamente en toda la audiencia. Parte del público cuenta con otras fuentes de información que le permiten elaborar interpretaciones diferentes a las que proponen los medios. Otras personas, en cambio, sólo tienen como referencia lo que se transmite en la prensa, la radio, la televisión y la internet. Diversas investigaciones señalan que los MCM logran incidir en la respuesta social en caso de desastre, tanto antes y durante la emergencia como en las fases posteriores (Lombardi, 1999:103). Los MCM logran incidir también en las ideas y creencias que el público tiene en torno a los desastres, las cuales resultan convenientes para enfatizar el paradigma dominante en los círculos gubernamentales para explicar la causalidad de los desastres. Esto se expone a continuación para, posteriormente, relacionar la información difundida por los medios —en particular la prensa impresa—, con los paradigmas que existen para estudiar los desastres.

Paradigmas en el estudio de riesgos y desastres asociados a los fenómenos naturales

Los desastres son problemas viejos en la historia de la humanidad, durante muchos años éstos fueron atribuidos a la voluntad divina o a causas sobrenaturales, acontecimientos interesantes para milenaristas, literatos y cronistas principalmente. Para entenderlos, predominaban las interpretaciones emotivas, en términos de Elias (1990:19), comprometidas y carentes de distanciamiento. Sólo recientemente se han convertido en objeto de estudio científico: el interés por estudiarlos surgió en Estados Unidos en la década de 1950, durante la Guerra Fría. Un grupo de científicos del Centro Nacional de Investigación de Opinión (NORC, por sus siglas en inglés) supuso que el comportamiento de la población en caso de sismo, inundación, tornado o cualquier otro fenómeno natural potencialmente catastrófico, sería similar a su comportamiento en un ataque bélico. De modo que se empezó a estudiar sistemáticamente el comportamiento colectivo de la población en desastres para prever su conducta en caso de guerra, dejando a un lado la perspectiva histórica y las condiciones económicas, sociales, políticas y culturales de la población en estudio, así como el contexto ambiental en el que sucedían las catástrofes. Cobijado por estas creencias se configuró un primer paradigma para entender los desastres que ha predominado hasta ahora en los círculos

burocráticos y gubernamentales, y predominó hasta finales de la década de 1970 en la academia. Este paradigma parte de que cualquier desastre es resultado del impacto de un fenómeno natural –o antrópico–, es decir, su causalidad se busca en el fenómeno que lo detona, independientemente de la sociedad afectada. El desastre es interpretado como resultado de un “ataque” efectuado por uno o más “enemigos”; así, el fenómeno natural relacionado, ya sea inundación, huracán, tornado, es equiparado a un enemigo (Porfiriev, 1998:59). Por ejemplo, cuando las fuerzas armadas de Estados Unidos intervinieron en la atención a la emergencia asociada al paso del huracán Katrina (2005), éste fue concebido como un enemigo que “había matado gente” y “destruido centros urbanos”, entre otros daños. El fenómeno natural es “antropomorfizado”: se le otorgan atributos humanos, como la voluntad de atacar y destruir, tal como lo podría hacer un enemigo en una situación de guerra. De esta manera, se evita buscar la responsabilidad social, ya que el desastre se atribuye a las características propias –como magnitud e intensidad– del fenómeno natural que lo detonó (Gilbert, 1998:11 y ss). El desastre es entendido como inevitable, incontrolable y, sobre todo, resultado del impacto de un fenómeno natural que provoca que la población afectada se comporte de manera irracional, con pánico, dando lugar a un comportamiento antisocial que debe ser revertido para volver a la “normalidad”.

Sin embargo, conforme se profundizó en el estudio de las catástrofes, especialmente en los países menos desarrollados (por ejemplo, el terremoto de Perú y las inundaciones en Bangladesh en 1970; el ciclón que afectó la India en 1971; el terremoto de Nicaragua de 1972, la sequía del Sahel de 1973-1974; el huracán Fifi en Honduras en 1974 y el terremoto de Guatemala en 1975), se hacía cada vez más evidente que la ocurrencia de los desastres tenía una relación directa con las características estructurales de las sociedades afectadas. En general se observó una correspondencia entre la distribución de los daños y la distribución de la pobreza y del deterioro ambiental. Estas observaciones abrieron la puerta a un nuevo paradigma que se fundamenta en la idea de que los desastres no son resultado del impacto de un fenómeno natural en la sociedad, sino que éstos resultan de las condiciones de vulnerabilidad de los grupos sociales afectados. El concepto de vulnerabilidad, entendido como el conjunto de características de una sociedad que logra minimizar o magnificar el impacto de un fenómeno potencialmente catastrófico, se convierte en la clave para entender los desastres.

Bajo el segundo paradigma se han realizado una serie de investigaciones que insisten en que las erupciones volcánicas, los sismos, los huracanes, los tsunamis, y demás fenómenos considerados como peligrosos, no son desastres en sí mismos, sino solamente detonantes; en estas investigaciones se explica el origen de la vulnerabilidad como una consecuencia de la pobreza, la desigualdad, la exclusión socio-territorial, las dificultades del Estado para prever y mitigar desastres, y el deterioro ambiental, condiciones que magnifican el impacto de los fenómenos naturales (Hewitt, 1983; Cuny, 1983:14 y ss; Wiljkman y Timberlake, 1984:18 y ss; Blaikie *et al.*, 1994:21 y ss; Bolin *et al.*, 1999; Oliver-Smith, 1999:74; Zaman, 1999:195; Alexander, 2000:12 y ss; Di John, 2001; Oliver-Smith, 2002:147; Bankoff, 2003; Hilhorst, 2007:52). Este paradigma permite entender por qué los daños en un desastre no se distribuyen homogéneamente ni al azar, sino que su distribución tiene un patrón que puede explicarse en términos de las condiciones de vulnerabilidad.

En este contexto, también se han desarrollado investigaciones sobre el impacto de los desastres en diferentes sectores de la sociedad definidos por el género, la edad, las características étnicas, etcétera (Bolin *et al.*, 1986; Blaikie *et al.*, 1994; Zamman, 1999), y sobre las consecuencias sociales y políticas de los desastres. En estas investigaciones, el desastre se concibe como un problema económico, político, social y cultural –no sólo ambiental o geofísico–, que además puede ser catalizador de otros problemas, por ello, algunos especialistas los consideran “laboratorios sociales” (Cuny, 1983:54; Dynes *et al.*, 1994; García, 1996; Mileti, 1999). Los desastres brindan la oportunidad al investigador para estudiar la construcción social y cultural de la realidad, y una forma de hacerlo es a partir de la información que difunden los MCM, mediadores entre la realidad y el público.

El segundo paradigma hoy en día goza de amplia aceptación en muchos de los círculos académicos, pero en los ámbitos gubernamentales y burocráticos no ha logrado sustituir al paradigma anterior, principalmente porque en el segundo paradigma se admite la responsabilidad social en la causalidad del desastre. Explicar un desastre en términos de las condiciones de vulnerabilidad de la sociedad es más complicado que hacerlo con base en el primer paradigma, no sólo porque con base él se evita indagar a fondo las características estructurales de las sociedades que les confieren cierto grado de vulnerabilidad, sino además porque la analogía desastre-guerra es más o menos clara y, sobre todo, más llamativa y atractiva para el público en general.

El huracán Stan: objeto de la noticia

De acuerdo con el Servicio Meteorológico Nacional, el 2 de octubre de 2005 la tormenta tropical denominada Stan, tocó la costa de Quintana Roo a 33 km del este-noreste de Felipe Carrillo Puerto, con vientos sostenidos de 75 km/h y rachas de 95 km/h. Atravesó la Península de Yucatán y siguió su trayectoria por el Golfo de México hacia la costa de Veracruz, impactó tierra a las 10:00 am del 4 de octubre, a 20 km al noreste de San Andrés Tuxtla, convertido en huracán de categoría 1 en la escala Saffir-Simpson.¹ Poco a poco volvió a degradarse a tormenta tropical y después a depresión tropical sobre Oaxaca y Chiapas.

A pesar de que la categoría máxima alcanzada por este huracán fue de 1, su trayectoria se caracterizó por la lentitud de su movimiento y por la gran cantidad de precipitación arrojada. El Ejecutivo declaró zona de desastre en Puebla, Tabasco, Veracruz, Oaxaca y Chiapas, donde se desbordaron cientos de ríos y se formaron flujos de lodo y aludes, por lo que más de 140 mil personas tuvieron que ser evacuadas a refugios temporales. Se registraron considerables pérdidas en viviendas, infraestructura y en el sector agrícola; se perdieron miles de toneladas de suelo. En Centroamérica (El Salvador, Nicaragua y Guatemala) los estragos fueron aún mayores: resalta en particular el poblado Panajab en Guatemala, donde unas mil 400 personas fueron sepultadas por un flujo de lodo. Las pérdidas materiales en toda la región se calcularon en más de mil millones de dólares (son equiparables a las que se registraron en Estados Unidos tras el paso del huracán Katrina en 2005).

En México, al igual que en los demás países afectados por el huracán, el desastre puso de manifiesto, sin sorpresa, las condiciones de deterioro ambiental y vulnerabilidad en las que vive gran parte de la población de la región, especialmente del sureste, así como las limitaciones del Estado para

¹ La escala Saffir-Simpson clasifica a los huracanes, por su peligrosidad, en cinco categorías con base en la velocidad de sus vientos: en los extremos de la escala, la categoría 1 corresponde a huracanes con potencial catastrófico medio, y la categoría 5 los califica como extremadamente catastróficos. Las depresiones tropicales y las tormentas tropicales son la antesala de los huracanes, sus vientos son más lentos y su potencial catastrófico, menor. Muchas depresiones tropicales llegan a convertirse en tormentas tropicales y después en huracanes cuando las condiciones atmosféricas estimulan el aumento de la velocidad de sus vientos, y los huracanes, antes de disiparse totalmente, regresan a un estado de tormenta tropical y después a depresión tropical.

prever desastres, hacer frente a la emergencia y lograr una pronta recuperación. Estas condiciones determinaron la magnitud de los daños, misma que no puede explicarse únicamente con base en las características del meteoro. Asimismo, el desastre agudizó las ya de por sí precarias condiciones de vida de la gente de muchas de las comunidades de esta zona; en la mayoría de los municipios de los estados afectados por el huracán, se registran niveles muy altos de pobreza –de los más altos del país–, aspecto que no sólo predispone a la población a sufrir daños, sino que también le dificulta enormemente la recuperación. La mayor parte de la información que la prensa transmitió no estaba enfocada a hacer más comprensible el fenómeno natural, ni a explicar el contexto, las causas y consecuencias del desastre, sino a convertirlo en noticia, en un acontecimiento llamativo, en un espectáculo.

En lo que sigue se revisa lo que la prensa nacional publicó en torno al huracán Stan en sí mismo y al desastre, entre el 5 y 15 de octubre de 2005, con base en un análisis cualitativo de la cobertura que le dieron siete periódicos (*La Crónica de Hoy*, *Diario Milenio*, *Excélsior*, *La Jornada*, *La Prensa*, *Reforma*, *El Universal*) y una revista (*Proceso*). El análisis está basado en la metodología que proponen Wenger *et al.*, (1986:23 y ss), Lombardi (1997:113) y Button (1999:115 y ss), quienes consideran las siguientes variables:

- a) *Planteamiento de la noticia*: se refiere al encabezado de la noticia, a la utilización o no de imágenes, al lugar que ocupa en el periódico y en la página.
- b) *Estilo narrativo*: se refiere a la forma en que se relatan los datos, puede ser informe técnico, crónica, testimonio, etcétera; y al tipo de lenguaje que se emplea, utilización de fotografías, gráficas, cuadros y mapas para complementar y reforzar la información escrita.
- c) *Tipo de información*: los temas tratados, su profundidad de análisis y la fuente de los datos (pueden ser fuentes oficiales, políticos, científicos, víctimas, testigos, etcétera).
- d) *Forma de interpretar los datos presentados*: a qué se atribuye lo que se está presentando, esto permite identificar el ángulo desde el cual se explica el acontecimiento.

Se detectó una serie de semejanzas en la forma en que las fuentes consultadas presentaron la noticia:

- a) La noticia se presentó en la portada de los periódicos los primeros días después de que las lluvias comenzaron a ser consideradas como problemáticas por su volumen; paulatinamente fue ocupando espacios menos llamativos, hasta dejar el lugar privilegiado a otras “novedades”. La mayor parte de los encabezados ubicados en las portadas, contenían palabras que aluden a la destrucción y la catástrofe: “Lo que el huracán provocó”, “Devastación en Tapachula”, “Viven tragedia en el sureste”, “Ayúdenos a salir de aquí”. Casi todas las noticias fueron complementadas con imágenes explícitas que reafirmaban el encabezado. Los encabezados son importantes porque ahí se encuentran las palabras clave que consolidan marcos conceptuales y porque funcionan como la antesala de las emociones (Gutiérrez-Rubí, 2007:3), las cuales afectan nuestra manera de ver y pensar el mundo.
- b) Los temas se trataron superficialmente, los más recurrentes se refieren a:
- i) la cuantificación de las pérdidas y daños materiales (viviendas, caminos, puentes, etcétera), de los damnificados y de las víctimas fatales; estas cuantificaciones se acompañaron de fotografías, recuadros, gráficas y mapas. Se omitieron otro tipo de daños como las consecuencias sociales y económicas de la destrucción en el corto, mediano y largo plazo. También se enfatizó en las acciones emprendidas por las instituciones mexicanas para mitigar los daños, especialmente de la Secretaría de Gobernación para la implementación de albergues; las acciones del Ejército Mexicano y de la Marina en el reparto de ayuda, el rescate de víctimas y la evacuación de localidades en peligro; y las de la Secretaría de Salud para prevenir epidemias de cólera y dengue; ii) las visitas del entonces presidente Vicente Fox a las zonas afectadas; iii) los actos vandálicos y de pillaje. Estos temas se describieron reiterativa y superficialmente, sobre todo lo referente a la cuantificación de los daños materiales. Cualitativamente la información fue pobre, y casi todas las notas llevaban un toque de emotividad, que le otorgaba un toque dramático a la nota.
- c) La narración presentó una tendencia trágica y fatalista que evoca miedo, desgracia y desesperanza; en muchas notas se hizo mención de que lo peor del desastre aún no había sucedido, que podría haber lluvias más intensas, inundaciones más altas y extensas, y flujos de lodo más catastróficos. Se incluyeron testimonios de víctimas que relataron historias heroicas de sobrevivencia asociadas a la voluntad divina; la inclusión de testimonios de

víctimas y testigos de un desastre distante, le agrega a la noticia o reportaje cierta credibilidad.

- d) Todas las fuentes periodísticas analizadas emplearon eufemismos que cubrieron o distorsionaron información veraz. Mediante lenguaje emotivo, las publicaciones atribuyeron la causalidad del desastre al meteoro Stan, otorgándole la categoría de sujeto con intenciones y estados de ánimo: “Devastó Chiapas y Veracruz furia de Stan” (*La Jornada*), “Azota Stan sureste”; “Stan roba cinco ejidos a México, se los pasa a Guatemala” (*Reforma*), “Éxodo ante furia del huracán” (*El Universal*), “Devastación en Chiapas por Stan”, “Los residentes de la Floresta fueron castigados por el huracán” (*Milenio*), atribuyendo el desastre a la “voluntad” del meteoro. Esta forma de presentar la noticia tiende a identificar el desastre con la magnitud e intensidad del huracán, desvinculándolo del contexto ambiental, histórico, económico, político, social y cultural de las comunidades afectadas.

Retomando el planteamiento de Rodríguez, en torno a que el estudio de las emociones informa acerca de la manera en que los diversos actores se posicionan frente a determinadas proposiciones y discursos que configuran los sistemas culturales (2008:146, 157), a partir de la identificación y análisis de las emociones a las que evoca el discurso de la prensa impresa, es posible esbozar el significado que ésta le otorga al desastre detonado por el huracán Stan.

Entre las emociones que se sugieren con mayor frecuencia se encuentran las siguientes: *i) miedo*: conlleva a la creencia de que hay posibilidades de que algo negativo suceda en el futuro, se habla de que lo peor del desastre está por venir, que los daños más intensos aún no han ocurrido; *ii) dolor*: hace referencia a que algo valioso se ha perdido (vidas, viviendas, infraestructura y campos de cultivo) y que dicha pérdida implica sufrimiento; *iii) piedad y compasión*: se promueve la creencia de que las víctimas y damnificados están sufriendo, invitan a ponerse en el lugar del otro; *iv) culpa*: es frecuente la mención de que el desastre es un castigo divino derivado de ciertas conductas y comportamientos inadecuados o inmorales, o bien, que las pérdidas tanto humanas como materiales son culpa del meteoro, esto promueve la idea de la pasividad de las víctimas ante un cierto destino; *v) enojo e indignación*: se asocia a la desaprobación moral por los daños malintencionados infligidos (actos de pillaje y vandálicos) que cometieron algunas personas aprovechándose de la

situación de desastre; *vi) esperanza*: se habla sobre cosas positivas que sucederán en el futuro, se menciona que el Ejército y la Marina llegarán a todas las comunidades afectadas y proporcionarán ayuda, que el Estado implementará estrategias de reconstrucción y recuperación.

Se observa que en los primeros días, en la etapa de la emergencia del desastre, cuando se empieza a definir el problema, los encabezados de las noticias aluden al miedo, al dolor y a la compasión. Poco a poco se incrementan las noticias que hacen referencia a la culpa, al enojo, a la indignación y a la esperanza. Estas emociones intervienen en la reconstrucción de los hechos, contribuyen en el ordenamiento y delimitación de la experiencia del desastre y la proyectan al futuro. Frente a la pasividad de las víctimas, se señala al huracán como el culpable de los daños y la destrucción, o bien, éstos se atribuyen a la voluntad divina, lo cual sustituye cualquier explicación distanciada, basada en la vulnerabilidad de las comunidades afectadas o en el deterioro ambiental, y es relevante porque se trata de los términos en los que la prensa explica, interpreta y da a conocer al público el desastre. El enojo, inspirado principalmente por los actos de pillaje y vandálicos, facilita la identificación de un “enemigo común”, sobre el que se unifica el disgusto, en este caso recayó sobre la Mara Salvatrucha; la indignación se inspiró en los actos que se le adjudicaron. La piedad y la compasión promueven la idea de la solidaridad, que se concreta, por ejemplo, en donaciones de la sociedad civil para los damnificados. La esperanza funciona para pensar el futuro, se asocia a preguntas sobre qué pasará y cómo se logrará un nuevo equilibrio, y se sostiene en las instituciones del Estado. En resumen, a partir de estas emociones se identificaron aspectos del desastre que las diversas publicaciones revisadas consideraron importantes para divulgar, y es posible identificar la posición que asumieron, aunque no son idénticas, presentan coincidencias: en general, excepto la revista *Proceso*, los MCM no indagaron a fondo, sino que difundieron la idea de que el desastre es consecuencia del meteoro, al cual le atribuyeron estados de ánimo y voluntad, o que se trató de un acto divino. Difundieron la idea de la pasividad de las víctimas, de que el desastre es un acontecimiento ajeno a la sociedad; de acuerdo con Bermúdez (1994), esto estimula la resignación de la población que se siente ajena a la causalidad. Algunos MCM aprovecharon el escenario de desastre para atribuir cualquier acto de pillaje o vandálico a la Mara Salvatrucha, señalando a sus miembros como los “extraños”, los “intrusos”, como los que “vienen de fuera” a abusar

y perjudicar aún más a las comunidades afectadas; también promovieron la idea del Estado “salvador” que va a reparar los daños.

Entre las diferencias y los aspectos particulares de las publicaciones revisadas se encontraron las siguientes:

La Crónica de Hoy: enfatizó en casos de comportamiento antisocial y de pillaje asociándolo a la Mara Salvatrucha. Al igual que *La Jornada*, publicó el asunto de un supuesto fraude cometido por Carmen Segura, coordinadora general de Protección Civil de la Secretaría de Gobernación, con el presupuesto del Fondo Nacional para Desastres Naturales (Fonden) para favorecer la campaña de Santiago Creel a la precandidatura de la presidencia del Partido Acción Nacional.

Diario Milenio: como los demás diarios, atribuyó las causas del desastre a la fuerza del huracán, y aunque también lo asoció a la idea de castigo divino, presentó unas cuantas notas en lugares poco llamativos del periódico que trataron de explicar el desastre como consecuencia de la vulnerabilidad. En una de ellas se vincularon los daños con la vulnerabilidad, la cual se explicó como el grado de exposición de las comunidades al peligro: las personas más expuestas a las lluvias, inundaciones o flujos de lodo fueron las más afectadas; aunque este tipo de explicaciones no están centradas en la geofísica, la vulnerabilidad es más amplia y compleja que el grado de exposición al peligro.² En otra nota se habló de la vulnerabilidad asociada a la corrupción e impunidad de los actores políticos que permitieron el desarrollo de asentamientos humanos tanto regulares como irregulares en cualquier lugar sin importar su peligrosidad; esta perspectiva que considera la posibilidad del desastre como un problema político no se utilizó en los otros diarios, aunque es frecuente en investigaciones científicas (véase, por ejemplo, Alexander, 2000:12 y ss). Este periódico, a diferencia de los demás, abordó el tema de los conflictos políticos que suelen aflorar después de un desastre; en este caso se mencionaron protestas y la toma de algunas cabeceras municipales en Chiapas por parte de sectores de población que no recibieron ayuda, aspecto que en algunas investigaciones

² En las últimas tres décadas, gran cantidad de investigaciones realizadas en países poco desarrollados indican que además de la exposición al peligro, lo que hace vulnerables a los grupos humanos son sus condiciones sociales, económicas, políticas y culturales previas al desastre (Cuny, 1983; Hewitt, 1983; Wilkman *et al.*, 1984).

se considera como intrínseco al desastre (Olson, 1997, Shefner, 1999; Olson, 2000; Hillhorst, 2003; Olson *et al.*, 2003; Stone, 2006).

Excelsior: la cobertura de este periódico fue más limitada que la de los otros diarios. No explotó tanto la posibilidad sensacionalista del desastre: las imágenes publicadas enfatizan poco en la destrucción, y al ser en blanco y negro, su visualización se dificulta. El contenido de testimonios de víctimas fue muy reducido; incluyó pronósticos meteorológicos realizados por el Servicio Meteorológico Nacional sobre las condiciones atmosféricas, sin tratar de predecir si habría más daños. El lenguaje fue menos emotivo que el empleado por los otros diarios.

La Jornada: utilizó información procedente de fuentes oficiales (encargados de los distintos niveles del sistema nacional de protección civil, gobernadores de los estados afectados), y reportes técnicos, aunque éstos se limitaron a la cuantificación económica de los daños.

La Prensa: es el diario que publicó más información imprecisa, no confirmada por fuentes oficiales —probablemente por la motivación de presentar la información pronto—; por ejemplo, en este periódico se afirmaba desde el 5 de octubre, que ya había cientos de desaparecidos y muertos. Enfatizó en la rapiña y comportamiento antisocial de la población, y utilizó las fotos más explícitas que cualquier otro de los diarios analizados, casi todas mostraron la crudeza de la muerte, estas fotos a color abarcaron páginas completas y fueron ubicadas en una sección especial en las páginas centrales del periódico denominada “Desastre”. La mayor parte de sus fuentes de información fueron otros diarios locales y agencias de noticias. El estilo fue principalmente fatalista.

Reforma: empleó encabezados muy escandalosos, imágenes de muerte y destrucción que ocuparon los lugares más visibles de las páginas, especialmente en los días de fin de semana. Utilizó reportes de fuentes oficiales mezclados con información testimonial de víctimas que enfatizan en historias dramáticas. Entre los reportes de expertos se encontró sólo uno con datos proporcionados por un investigador de la Facultad de Ciencias de la UNAM, quien afirmó que el desastre se derivó de la pérdida de la cobertura vegetal; en ese mismo reportaje se incluyó información proporcionada por el entonces secretario del Medio Ambiente y Recursos Naturales, José Luis Luege Tamargo, quien explicó la calamidad como consecuencia de problemas ambientales. Cabe señalar que

esta noticia apareció hasta el día 14 de octubre, en los primeros días no se ofreció información que explicara las causas del desastre.

El Universal: abordó constantemente el tema del pillaje atribuido a la Mara Salvatrucha en la zona de la frontera con Guatemala. Utilizó imágenes elocuentes que mostraban las emociones de las víctimas: su dolor y desesperación, acompañadas por encabezados y descripciones dramáticas. Casi toda la información se presentó en crónicas hechas por los corresponsales y los enviados especiales, en ellas se mezclaron datos procedentes de fuentes oficiales, opiniones de los autores de la crónica y testimonios de las víctimas, combinación que dificulta al lector identificar la procedencia de la información, pero que le añade tintes fatalistas a cada una de las notas, por ejemplo, algunas incluyeron rumores apocalípticos que anunciaban que lo peor estaba por venir, sin ser aclarados, sin siquiera especificar que el rumor es parte del testimonio de una víctima, lo que puede provocar temor innecesario entre los lectores. Por ejemplo un habitante de Motozintla, Chiapas, mencionó en su testimonio que habría más muertos en el desastre de 1998 (asociado al huracán Match), narró la forma en que una víctima en Matenango de la Frontera, Chiapas, pidió perdón a Dios por sus actos y “clamó desconsolado” para que cesara el mal tiempo (en ningún párrafo de la crónica se especificó que el desastre no es un castigo divino). El no aclarar que se trata de rumores o de creencias particulares de algunas religiones, distorsiona la información, la hace más llamativa, tal vez más interesante, pero también menos precisa e incluso falsa.

Proceso: en el número del 9 de octubre de 2005, primera publicación después del impacto del meteoro, no se incorporó el tema del desastre. Para la siguiente publicación del 16 de octubre, apareció un reportaje especial, cuyos temas principales fueron los daños en el sector agropecuario, y predicciones sobre sus consecuencias en el corto y mediano plazo por la pérdida de empleos y el alza en los precios por la destrucción y escasez de productos. Otro de los temas tratados se enfocó a la búsqueda de la causalidad del desastre en problemas ambientales en las áreas naturales protegidas La Encrucijada, El Triunfo y La Sepultura, en particular, la deforestación, el cambio de uso del suelo para ganadería, los incendios provocados intencionalmente, la pérdida de suelo, el represamiento y la desviación de ríos, el azolvamiento de cuerpos de agua y la colonización en las laderas. Estos datos se obtuvieron de la Comisión

Nacional para el Conocimiento y Uso de la Biodiversidad (Conabio) y de la organización no gubernamental Greenpeace. También abordó el tema de la migración, la revista sugirió que ésta podría aumentar debido a la devastación sufrida en muchas de las comunidades del sureste del país.

Imágenes del huracán

En términos generales, existe un lenguaje emotivo en la información e interpretaciones que publicaron los medios analizados, mediante este lenguaje se fortalecen las ideas del primer paradigma que se configuró para el estudio de los desastres, ya que atribuyen la causa de la catástrofe y los daños a la fuerza del huracán. Pero también se fortalecen ideas antiguas originarias de los pueblos prehispánicos de la región ciclógena del Atlántico Norte acerca de huracanes y tormentas tropicales. En los siguientes párrafos se verá la relación a la que hace referencia Ortony y sus colaboradores (1988, citados en Rodríguez, 1008:154), entre emociones y sistemas de creencias.

Para empezar, la palabra “huracán” es el nombre local del ciclón, y su significado etimológico es “diablo” o “espíritu malo”. Desde tiempos remotos, entre los pueblos de esta región, en particular entre los indígenas de Cuba (Ortiz, 2005:84), los antiguos quichés de Chiapas y Guatemala (De la Garza, 2003:293) y los totonacas del Tajín –nombre que precisamente significa “Dios del huracán”– (Piña *et al.*, 1999), el ciclón ha ocupado una posición muy importante en su mitología.

En esta zona del mundo, los huracanes han inspirado emociones y acciones en los pobladores, han sido objeto de esperanza y temor. Esperanza porque los ciclos agrícolas en buena medida dependen –y sobre todo cuando la relación con la naturaleza es estrecha– de las lluvias producidas por los huracanes (incluso actualmente, la agricultura de riego, depende también de los huracanes, en tanto que con las lluvias que se generan se llenan las presas que proveerán de agua para el riego). Temor, porque el huracán es uno de los fenómenos naturales más terribles, devastadores, irresistibles y misteriosos, por varias de sus características más notorias: la manera en que se sopla el viento (desde todos los puntos del horizonte uno tras otro); es un fenómeno tan grande que, desde la superficie de la Tierra nunca puede verse en una sola mirada; su movimiento transnacional es muy variable: a veces rápido, a

veces lento; su irregularidad le confiere un sentido de aparente voluntariedad que no tienen otros fenómenos naturales. Pero además y sobre todo, es versátil: parece que goza de autodeterminación, cada huracán tiene una cierta individualidad, una cierta trayectoria, una cierta duración y una cierta fuerza (Ortiz, 2005:39 y ss).

En esta región, el huracán adquirió la categoría de deidad, y los demás fenómenos asociados –rayos, truenos y relámpagos de sus mensajeros. Se cree, además, que era una de las deidades más importantes, ya que en las latitudes bajas, los ciclos agrícolas dependen básicamente de la disponibilidad de agua, más que del sol como en las latitudes altas. Incluso en las Grandes Antillas el huracán se consideraba como una deidad creadora: se le atribuye la creación de las islas. Así pues, seguramente, el huracán fue una deidad predominante, por lo terrible y lo deseable, por lo maléfico y lo benéfico.

Las características del ciclón han favorecido y estimulado un proceso de “antropomorfización”, de donde se desprende su analogía con un ser sobrenatural. De acuerdo con Douglas (2003:xxxvii), en muchos casos el sistema orgánico humano provee una analogía de los fenómenos naturales: los órganos externos tienen un sentido figurativo muy fuerte. En el caso de los huracanes, los brazos y el pelo han sido empleados para explicar su forma. La imagen del cuerpo humano es usada en diferentes maneras para reflejar y reafirmar la experiencia compartida del fenómeno. Asimismo, las características del comportamiento humano explican la dinámica del fenómeno: veleidoso, caprichoso, autoritario, misterioso (Ortiz, 2005:45 y ss).

Otros fenómenos naturales han pasado por procesos similares: dragones y gigantes se han utilizado para explicar los movimientos sísmicos; demonios y culebras para explicar la dinámica de los tornados; espíritus para entender las inundaciones (James, 1906:213; Vitaliano, 1987:82; Hoffman, 2001:127; Macías, 2001:27). Sin embargo, el huracán es el caso más notorio, tal vez porque hasta la fecha, en la zona ciclógena del Atlántico Norte se identifican con nombre de persona, lo que facilita que se hable de Stan, como si fuera un ser animado con voluntad para actuar.

Tomando en cuenta la manera en la que los MCM analizados presentan los ciclones, se observan fuertes semejanzas respecto de la forma en que ha sido representado tradicionalmente en culturas antiguas: con mucha frecuencia los medios lo presentan como un personaje que goza de voluntad, al que le adjudican la lluvia, pero también la destrucción, el desastre.

Consideraciones finales

Al comparar el caso particular del huracán Stan en las fuentes hemerográficas analizadas con investigaciones realizadas por otros autores sobre diferentes situaciones de desastre, se observa que los diarios utilizan un discurso probado: lo que dicen del huracán Stan coincide con lo que otros MCM han dicho de otros desastres en contextos distintos.

Las emociones, imágenes y creencias que tiene la población acerca de un determinado fenómeno, generan disposiciones de ánimo y actitudes que moldean su comportamiento. Desde luego lo que transmiten los medios no es determinante, pero su discurso tiene la capacidad de impactar en el público, especialmente cuando no se cuenta con otro tipo de información. Y es relevante debido a que, hasta cierto punto, las actitudes de la población en caso de emergencia, el éxito de las medidas preventivas y de las campañas para recaudar fondos para la recuperación de los damnificados, dependen de la información, conocimientos y creencias de las personas, algunas de las cuales provienen de lo que publican los MCM.

Las fuentes analizadas tienden a difundir que un desastre, como el asociado al huracán Stan, es resultado de las fuerzas de la naturaleza, su discurso se enfoca al conteo de los daños y a las acciones gubernamentales emprendidas para repararlos, para volver a una supuesta normalidad. El discurso insiste en ver el desastre desde una perspectiva comprometida, sentimentalista, enfatiza en las tragedias individuales, en actos heroicos, que llaman la atención y despiertan las emociones del público, en detrimento de miradas más distanciadas. La información acerca de las condiciones de la población afectada que contextualiza el desastre, recibe muy poca atención, lo que da lugar a que el desastre se desvincule de su dimensión social. Cuando esto sucede, es fácil que los organismos gubernamentales encargados de dar las señales de aviso y de proteger a la población, así como de las encargadas de la recuperación, se deslinden de la responsabilidad, atribuyendo el desastre a la magnitud e intensidad del meteoro, transmitiendo y confirmando los arquetipos y prejuicios que existen en torno a los desastres y, sobre todo, reforzando las interpretaciones del desastre en el contexto del primer paradigma.

Por ello, los MCM no parecen ser espacios adecuados para conocer y examinar asuntos de carácter científico con elementos sociopolíticos importantes. Sin embargo, reconociendo su relevancia social y su capacidad

para difundir información, es interesante el análisis de su discurso, ya que las ideas y emociones que transmiten dan sentido y significado a la experiencia del desastre.

Bibliografía

- Alexander, David (2000), *Confronting Catastrophe. New Perspectives on Natural Disasters*, Oxford University Press, Oxford.
- Bankoff, Greg (2003), "Vulnerability as a Measure of Change in Society", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 22, núm. 3, pp. 23-42.
- Bermúdez, Marlén (1994), "Vulnerabilidad social y organización ante los desastres naturales en Costa Rica", en Allan Lavell (comp.), *Viviendo en riesgo. Comunidades vulnerables y prevención de desastres en América Latina*, La Red/Flacso/Cepredenac, Bogotá, pp. 121-136.
- Blaikie, Pierce *et al.* (1994), *At Risk. Natural Hazards, People's Vulnerability and Disasters*, Routledge, Nueva York.
- Boltanski, Luc (1999), *Distant Suffering. Morality, Media and Politics*, Cambridge University Press, Cambridge.
- Burkhart, Ford N. (1991), "Journalists as Bureaucrats: Perception of Social Responsibility. Media Role in Local Emergency Planning", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 9, núm. 1, pp. 75-87.
- Bolin, Robert y Lois Stanford (1999), "Constructing Vulnerability in the First World: the Northridge Earthquake in Southern California", en Anthony Oliver-Smith y Sussana M. Hoffman (eds.), *The Angry Earth. Disaster in Anthropological Perspective*, Routledge, Nueva York, pp. 89-112.
- Button, Gregory (1999), "The Negation of Disaster: The Media Response to Oil Spills in Great Britain", en Anthony Oliver-Smith y Sussana M. Hoffman (eds.), *The Angry Earth. Disaster in Anthropological Perspective*, Routledge, Nueva York, pp. 113-132.
- Ceballos, Maritza (2008), "Las emotividades sociales y los medios de comunicación", en *Pensamiento y Cultura*, vol. 11-2, pp. 263- 275.
- Cuny, Frederick (1983), *Disasters and Development*, Oxford University Press, Oxford.
- Di John, Johnatan (2001), "An Institutional Politycal Economy Perspective of Risk and Vulnerability", en *A Joint World Bank/Columbia University Workshop: Assessment of High-Risk Disaster Hotspots*, Nueva York.

- Douglas, Brinkley (2006), *The Great Deluge. Hurricane Katrina, New Orleans and the Mississippi Gulf Coast*, William Morrow, Nueva York.
- Douglas, Mary (2003), *Natural Symbols. Explanations in Cosmology*, Routledge, Nueva York.
- Dynes, Russel y Thomas E. Drabek (1994), "The Estructure of Disaster Research: Its Policy and Disciplinary Implications", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 12, núm. 1, pp. 5-24.
- Eliade, Mircea (1985), *El mito del eterno retorno*, Artemisa, México.
- Elias, Norbert (1990), *Compromiso y distanciamiento. Ensayos de sociología del conocimiento*, Península, Barcelona.
- Esteinou, Javier (2003), "Cambio comunicativo para una nueva sociedad mexicana", *Política y Cultura*, núm. 19, pp. 107-125.
- García, Virginia (1996) (coord.), *Historia y desastres en América Latina*, vol. 1, La Red/CIESAS/Tercer Mundo Editores, Bogotá.
- Gilbert, Claude (1998), "Studyind Disaster. Changes in the Main Conceptual Tools", en Enrico L. Quarantelli (ed.), *What is a Disaster? Perspectives on the Question*, Routledge, Nueva York, pp. 11-18.
- Gutiérrez-Rubí, Antoni (2007), "La política de las emociones", *Revista de la Fundación Rafael Campalans*, núm. 14 [<http://www.gutierrez-rubi.es/?p=389>].
- Hewitt, Kenneth (1983), "La calamidad en la era tecnócrata" (trad. Macías, Jesús Manuel), extraído de Kenneth Hewitt (ed.), *Interpretations of Calamity: From the Viewpoint of Ecology*, Allen and Unwin, Londres, pp. 3-32 (folleto, CIESAS, México).
- Hilhorst, Dorothea (2007), "Complexity and Diversity: Unlocking Social Domains of Disaster Response", en Greg Bankoff, Georg Frerks y Dorothea Hilhorst (eds.), *Mapping Vulnerability. Disasters, Development and People*, Earthscan, Londres, pp. 52- 66.
- Hiroi, Osamu; Shunji Mikami y Kakuto Miyata (1985), "A Study of Mass Media Reporting on Emergencies", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 3, núm. 1, pp. 21-49.
- Hoffman, Susanna (2001), "The Monster and the Mother: The Symbolism of Disaster", en Sussana Hoffman y Anthony Oliver-Smith (eds.), *Catastrophe and Culture. The Anthropology of Disaster*, School of American Research Press, Santa Fe, pp. 113-141.
- Hoggart, Richard (2004), *Mass Media in a Mass Society. Myth and Reality*, Continuum, Londres.
- James, William (1917), *Memories and Studies*, Longmans Green, Londres.
- Lombardi, Marco (1997), "Media Studies", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 15, núm. 1, pp. 103-116.

- Macías, Jesús Manuel (2001), *Descubriendo tornados en México. El caso del tornado de Tzintzuntzan*, CIESAS, México.
- Mileti, Dennis S. (1999), *Disasters by Design. A Reassessment of Natural Hazards in the United States*, Joseph Henry Press, Washington.
- Newman, David M. (2004), *Sociology. Exploring the Architecture of Everyday Life*, Pine Forge Press, Londres.
- Oliver-Smith, Anthony (1999), "Perú's five-hundred-year Earthquake: Vulnerability in Historic Context", en Anthony Oliver-Smith y Sussana M. Hoffman (eds.), *The Angry Earth. Disaster in Anthropological Perspective*, Routledge, Nueva York, pp. 74-88.
- (2002), "El gran terremoto del Perú: el concepto de la vulnerabilidad y el estudio y la gestión de los desastres en América Latina", en José Lugo y Moshe Invar (comps.), *Desastres naturales en América Latina*, FCE, México, pp. 147-170.
- Olson, Richard S. (2000), "Towards a Politics of Disaster: Losses, Values, Agendas and Blame", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 18, núm. 2, pp. 265-287.
- y A. Cooper Drury (1997), "Un-Therapeutic Communities: A Cross National Analysis of Post-Disaster Political Unrest", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 15, núm. 2, pp. 221-238.
- Olson, Richard y Vincent T. Gawronski (2003), "Disasters as Critical Junctures? Managua, Nicaragua 1972 and Mexico City 1985", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 21, núm. 1, pp. 5-36.
- Ortiz, Fernando (2005), *El Huracán. Su mitología y sus símbolos*, FCE, México.
- Patterson, Phillip y Lee Wilkins (1988), "Routinized Reporting of Technological Accidents: Television Coverage of the Chernobyl Disaster", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 6, núm. 1, pp. 27-46.
- Piña, Ramón y Patricia Castillo (1999), *Tajín. La Ciudad del Dios Huracán*, FCE, México.
- Plantin, Christian y Silvia Gutiérrez Vidrio (2009), "La construcción política del miedo", en Paola Bentivoglio, Frances D. Erlich y Martha Shiro (comps.), *Haciendo discurso. Homenaje a Adriana Bolívar*, Facultad de Humanidades y Educación, Universidad Central de Venezuela, Caracas, pp. 491-509.
- Porfiriev, Boris N. (1998), "Issues in the Definition and Delineation of Disaster and Disaster Areas", en Enrico L. Quarantelli (ed.), *What is a Disaster? Perspectives on the Question*, Routledge, Nueva York, pp. 56-74.
- Rodrigo, Miquel (2005), *La construcción de la noticia*, Paidós, Barcelona.
- Rodríguez, Tania (2008), "El valor de las emociones para el análisis cultural", *Papers: revista de sociología*, núm. 87, pp. 145- 159.

- Seydlitz, Ruth; William Spencer; Shirley Laska; Elizabeth Triche (1991), "The effects of Newspaper Reports on the Public's Response to a Natural Hazard Event", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 9, núm. 1, pp. 5-29.
- Slovic, Paul (1987), "Perception of Risk", *Science*, núm. 236, pp. 280-285.
- Stone, Richard (2006), "La sombra de Chernobil", *National Geographic* (en español), vol. 18, núm. 4, pp. 98-119.
- Sunkel, Guillermo y Carlos Catalán (1993), "Comunicación y política en América Latina", en *Historia crítica*, núm. 7, pp. 4- 14.
- Toscana, Alejandra (2006), "Los paisajes del desastre", tesis doctoral, División de Estudios de Posgrado, Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Verón, Eliseo (2002), *Construir el acontecimiento: los medios de comunicación masiva y el accidente de la central nuclear Three Mile Island*, Gedisa, Barcelona.
- Vitaliano, Dorothy (1987), *Leyendas de la Tierra*, Salvat, Barcelona.
- Wenger, Dennis y Barbara Friedman (1986), "Local and National Media Coverage of Disaster: A Content Analysis of the print Media's Treatment of Disaster Myths", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 4, núm. 3, pp. 27-50.
- Wijkman, Anders y Lloyd Timberlake (1984), *Natural Disasters, Acts of God or Man?*, Earthscan, Londres.
- Wilkins, Lee (1986), "Media Coverage of the Bhopal Disaster: A Cultural Myth in the Making", *International Journal of Mass Emergencies and Disasters*, vol. 4, núm. 1, pp. 7-33.
- Zamman, Mohammed (1999), "Vulnerability, Disaster, and Survival in Bangladesh", en Anthony Oliver-Smith y Susan M. Hoffman (eds.), *The Angry Earth. Disaster in Anthropological Perspective*, Routledge, Nueva York, pp. 192-212.

Recibido el 29 de abril de 2009

Aceptado el 2 de julio de 2009